

## CONTESTACIÓN

DE

DON PEDRO ARISMENDI BRITO

*Señores Académicos:*

Sean mis primeras expresiones las del reconocimiento por el honor de haberme designado para dar la bienvenida al disertante colega, que acude a ocupar la silla infaustamente viuda del vasto y modesto saber del señor Urdaneta, tanto y tan cordialmente sentido en este docto Cuerpo. Sin contar todos los merecimientos que nos obligaron a la loable elección del nuevo Académico, bastaría a adquirirle toda nuestra consideración y afecto el tema elegido para el discurso que acabamos de oír, muestra irrefragable de cómo se suman en su persona la idoneidad y el patriotismo, dotes esenciales en la participación de nuestras nobles tareas.

En efecto, traer a la memoria la Asamblea Americana del Istmo, y abogar por su reinstalación demuestran el más grande interés por la gloria y por la salud de una patria, tan cara como bella; y lamentable es que los estrechos límites a que ha ceñido el señor Tosta García su discurso interrumpen su palabra y den ocasión a oír la mía, para algo más que aprobar completamente sus apreciaciones.

A la verdad, como el nuevo elegido me brinda campo escueto para dilatar sus reminiscencias y más aún por la convicción de que tan grande asunto ha sido tratado sólo muy someramente por nuestros historiadores, antójeseme simpática la tarea de detallar con empeñado estudio la inestable vida del ingente propósito.

Doloroso es que las primeras palabras que voy a pronunciar hayan de aparecer a la postre como desconsoladora tesis de mis consideraciones, pero se trata de hechos, cuya rectificación no puede la Historia rehuir, ni mi calidad de intérprete suyo alterar agradablemente.

¡Cuan triste es pensarlo! La gran Asamblea americana de Panamá fue sólo una ilusión del americanismo de Bolívar, ilusión tan frustránea y fugaz como hermosa y bien intencionada. ¡Y cuánto no se extasía el Grande hombre en su generosa concepción! Ya ve a la posteridad en una centena de siglos buscando el origen del derecho internacional americano en el archivo de su soñada Asamblea, ya la cree dando el modelo de las alianzas a todo el mundo, y en su entusiasmo cierra los generosos incisivos con una exclamación en que hace aparecer mágicamente a su querida Colombia más grande y famosa que la inolvidable Grecia.<sup>1</sup>

Pero ¿qué causas llevaron a aquel ocupadísimo cerebro la concepción de esa inaudita Alianza de todo un vasto mundo? A no dudarse, antes que todo la situación contemporánea de la América. Libertadas del dominio español, Colombia, Méjico, Chile y Buenos Aires, la Europa entera no discrepaba en creer tal emancipación un desacato y hasta una amenaza a la Monarquía.<sup>2</sup> Como las Cortes de 1823 habían prohibido todo avenimiento con las rebeldes Colonias,<sup>3</sup> España negada asimismo a todas las mediaciones propuestas,<sup>4</sup> persistía en

---

<sup>1</sup> BLANCO Y AZPURÚA, *Documentos para la historia del Libertador*, tomo IX, pág. 447. En lo adelante cada vez que citemos esta obra nos limitaremos a poner las iniciales.

<sup>2</sup> *Memorias* de O'LEARY, tomo III, págs. 200 y 216. Como en el caso anterior, en lo adelante reduciremos estas citas a la inicial, etc.

<sup>3</sup> O., III, 132

<sup>4</sup> B. y A., IX, 238

reivindicar sus pretendidos derechos y aprestaba tropas y equipaba expediciones. La Santa Alianza tomando en consideración que el heroísmo de aquel pueblo había sido el mayor estímulo y el punto de partida de la decadencia de los Bonaparte, y conturbada a la vez por el progreso que los principios de la Revolución Francesa hacían diariamente en el Nuevo Mundo, fomentaba cuanto le era dable todo intento de reconquista,<sup>5</sup> y por entonces estaba en expectación de la conducta que había de adoptar Colombia en la contienda de Buenos Aires con el Brasil<sup>6</sup> para ingerírsele, al haber oportunidad, tomando decididamente parte por la monarquía, que juzgaba en peligro de desaparecer del haz de Suramérica,<sup>7</sup> si los argentinos ayudados, como era probable, por los colombianos,<sup>8</sup> invadían las provincias limítrofes del Imperio, y daban base a la insurrección del partido republicano,<sup>9</sup> ya tan grande y poderoso en aquél, que hubo luego de influir lo suficiente para que el Emperador desistiera de sus intentos belicosos y abdicase en favor de su noble hijo.

Francia que *con sus cien mil hijos de San Luis* había impuesto a la España liberal el absolutismo de Fernando VII, se mostraba dispuesta a imponerlo también en América<sup>10</sup> contando con la especial adhesión de Rusia<sup>11</sup> y partiendo de que reconocer las nuevas nacionalidades era una sanción real y efectiva de la *anarquía*.<sup>12</sup> Las seguridades presentadas al General Páez, Comandante General de Venezuela, por el Conde de Doncelot, Gobernador de las Antillas francesas,<sup>13</sup> no inspiraban casi fe, y más bien eran vistas como una hábil estratagema para introducir semi-oficialmente a Mr. Chasseriau,<sup>14</sup> conocido aquí y en Nueva Granada,<sup>15</sup> como hombre astuto y doble, capaz de constituir uno de los mejores espías hasta entonces enviados. Además, después de la caída de Napoleón, los reyes que le sucedieron se manifestaban sistemáticamente adversos a la causa de nuestra emancipación y desde 1815 habían declarado la más espontánea solidaridad de intereses con el trono español, al que se decían unidos por pactos de alianza y de familia.<sup>16</sup>

La Gran Bretaña aunque en el fondo decidida por la Independencia y aunque dejándola favorecer por sus nacionales, contra el tratado con España de 1814,<sup>17</sup> rehuía con empeño disgustar a la Santa Alianza que, según la acertada expresión de Deprat, estaba en aptitud de hacerle la guerra comercial ideada por Napoleón I, presumiblemente con más daño y mayores ventajas.<sup>18</sup> Apareciendo, por otra parte, aliada en privado de Portugal y adherida en consecuencia al Brasil, atisbaba también la conducta de Colombia en la cuestión de éste con Buenos Aires;<sup>19</sup> y en esa expectativa, tanto los Ministros como el Parlamento rehusaron, por el pronto,<sup>20</sup> reconocer las nacionalidades suramericanas. Míster Canning, si en verdad amonestaba seriamente a España, le prometía a la vez ser neutral en la proyectada reconquista, absteniéndose desde luego de recibir a los diplomáticos de Colombia y oyéndolos

---

<sup>5</sup> O., IV, 379

<sup>6</sup> O., III, 216 y 235

<sup>7</sup> O., III, 200

<sup>8</sup> O., XXIII, 353

<sup>9</sup> O., XXIII, 353, y III, 204 y 216

<sup>10</sup> O., XXIII, 354 y XI, 184

<sup>11</sup> O., III, 149 y 151

<sup>12</sup> Palabras de Polinac, Ministro de Relaciones Exteriores e rancia. B. y A. tomo 9, 104

<sup>13</sup> RESTREPO, *Historia de la Revolución de Colombia*, tomo III, 403. Edición de Besançon 1858

<sup>14</sup> O., III, 147

<sup>15</sup> RESTREPO, tomo III, 404

<sup>16</sup> O., IX, 409

<sup>17</sup> O., XII, 480

<sup>18</sup> O., XI, 184

<sup>19</sup> O., III, 215

<sup>20</sup> B. y A., tomo IX, 232 a 245

ocasionalmente con tanta frialdad e indiferencia,<sup>21</sup> que ni un año después hallaban ocasión de insinuar siquiera el empeño del Libertador en poner la Asamblea del Istmo, y hasta la liga suramericana, bajo la protección del gobierno inglés. Las esforzadas protestas de Hamilton al Gabinete de Bogotá,<sup>22</sup> aunque sinceras, tenían así que oírse sólo como palabras de halago, sin mayor carácter oficial, y tomarse como simple traza diplomática impuesta por las sugerencias de la política internacional, desde que la última promesa halagadora de Canning se reducía a establecer que la Gran Bretaña era opuesta a toda cesión de territorio americano que pudiera intentar España para obtener, según se creía, el apoyo de los franceses.<sup>23</sup>

Los Estados Unidos instigados continuamente por Inglaterra<sup>24</sup> adoptaban al fin el consejo de Jefferson y prohibían con singular arrogancia a la Europa cualquier ingerencia en los asuntos del Nuevo Mundo,<sup>25</sup> pero al propio tiempo protestaban, so color de neutralidad, y en ello iban hasta una declarada oposición, que Cuba y Puerto Rico no dejarían de pertenecer a la corona de España,<sup>26</sup> apoyando y reafirmando así la disposición de Inglaterra y aun de Francia, si se convenía en crearla sincera,<sup>27</sup> a ofrecer tal seguridad como gaje de conciliación y avenimiento.<sup>28</sup>

Hasta Roma con las ilimitadas facultades que se había arrogado sobre la América, a raíz del descubrimiento<sup>29</sup> y apelando a su señorío sobre las conciencias aparecía abiertamente contraria a la emancipación y libertad de estas regiones. Así se la veía rechazar por una parte, a los enviados de las nuevas nacionalidades,<sup>30</sup> y por otra, desencadenar su poderosa milicia contra la idea y los esfuerzos de los Libertadores.<sup>31</sup> Aún más, yendo hasta flagrante exageración, exaltaba la virtud y los méritos de Fernando VII y daba a entender virtualmente que era un crimen la resistencia a su absolutismo (Encíclica de León XII, de 24 de setiembre de 1824)<sup>32</sup>

No podía, pues, columbrarse ninguna eficaz asistencia del extranjero; por el contrario, las noticias que llegaban de Ultramar, se referían al libre y desembarazado envío de una fuerte expedición para invadir a Méjico y auxiliar a Laserna en el Perú, y desde octubre se hablaba del arribo de parte de ella a los puertos de Cuba.<sup>33</sup> En tal situación Bolívar, que ve también cómo el cansancio va cundiendo en los soldados, indiferentes por lo común a la política,<sup>34</sup> y quizás hasta en su propio espíritu,<sup>35</sup> de continuo preocupado, siente avivarse el deseo que le desvela desde 1818 de hacer una familia republicana, de todo el Continente,<sup>36</sup> propósito que ya en 1822 le había sugerido una invitación a los Gobiernos de Méjico, Perú, Chile y Buenos Aires. Cree que esa liga de más de 15 millones de almas, hará circunspecta a la Europa, por lo visto esperanzada todavía en el ejército del Perú, y dará finalmente las seguridades exigidas por Canning,<sup>37</sup> mostrando al par a la América la medida justa de todo su poder, corroborando

---

<sup>21</sup> O., III, 134

<sup>22</sup> RESTREPO, tomo III, 407

<sup>23</sup> RESTREPO, tomo III, 339 y 340

<sup>24</sup> B. y A., tomo IX, pág. 138 y siguientes

<sup>25</sup> B. y A., tomo IX, 123. RESTREPO, tomo III, 402

<sup>26</sup> B. y A., tomo IX, 311. O., XXIII, 506 (Revenga)

<sup>27</sup> O., III, 183 (Santander), 172. O., XXIII, 354 (Hurtado)

<sup>28</sup> O., III, 212 (Santander).

<sup>29</sup> SOLÓRZANO, *De re Indiana*.

<sup>30</sup> RESTREPO, tomo III, pág. 469 y 470, y O., IV, 396.

<sup>31</sup> RESTREPO, tomo III, pág. 367.

<sup>32</sup> T. y A., tomo IX, pág. 399.

<sup>33</sup> O., III, 157 (Santander).

<sup>34</sup> O., III, 156 (Santander)

<sup>35</sup> O., III, 251.

<sup>36</sup> B. y A., tomo IX, 446

<sup>37</sup> O., III, 99

el triunfo y reafirmando las nuevas nacionalidades. Sorpréndenle en tal estado de ánimo las cartas de Sucre de 10 y 19 de noviembre<sup>38</sup> en que, sin que pueda caber duda, garantiza la victoria en su próximo encuentro con los españoles, adivina a Ayacucho, ve, por fin, libre de realistas a todo el Continente, y arrebatado de gloria y patriotismo, dicta en 7 de diciembre aquella segunda, tan insinuante invitación, en que, llevado de su lealtad, fija lleno de confianza, como término para elegir y enviar los diputados, los seis primeros meses de 1825. Sucedió, empero, como en el caso de la primera, que tan noble entusiasmo casi no halló el eco que el grande hombre esperaba. Candorosamente honrado se empeñó en olvidar que estaba en la tierra, entre hombres, y que en éstos, alcanzada la victoria, inexistente el peligro, el entusiasmo se trueca en ansia hostigadora de hacer fructíferos los laureles, o en sentido propio, de sacar ventajas a lo alcanzado.<sup>39</sup> Era el instante crítico de la última gloria bélica, el del botín triunfal, y sabido es que en su reparto se despiertan el choque de los intereses y las luchas de la ambición. ¿Qué habían de preocuparse por poderosas alianzas y confederaciones, los que largamente acostumbrados a la inquietud de la guerra ya sólo temían que cualquier estímulo o contagio trajese al fin, con el orden, la calma de sus aspiraciones, más y más excitadas y enardecidas por los inevitables aprovechadores de toda revolución? Y en la América española el sacudimiento político parecía haber quebrantado los sepulcros de los prístinos conquistadores, y difundido en el ambiente, como un miasma letal, el espíritu turbulento y codicioso que los animara. En ninguna región de ella había tranquilidad,<sup>40</sup> en todas, en vez de resonar la expresión de ideas elevadas y principios de progreso sólo se oían altisonando nombres de rudos batalladores y contrapuestos reclamantes. Podía haberse dicho que el León de España al morder el polvo, había sembrado sus dientes; surgiendo de ellos, como de los mitológicos del Dragón de Cadmo, un fatídico almacigo de combatientes recíprocos, llenos de furor y desatentadas pretensiones. De ahí que Fernando VII diese por principal razón para su persistencia en la reconquista, la filantropía de libertarnos de los males hechos por la guerra de partidos que devoraba la Costa-firme.<sup>41</sup>

Colombia, sin embargo, hizo excepción en tanta renuencia. Su Vice-Presidente, General Santander,<sup>42</sup> tomó a infatigable empeño realizar la concepción de Bolívar, y no sólo la amplió, acaso contra el propósito de éste, y en realidad contra el querer de las otras Repúblicas suramericanas,<sup>42 bis</sup> invitando a los Estados Unidos y al Brasil,<sup>43</sup> sino que ya desde marzo de 1825 acordó las medidas conducentes a la reunión de la Asamblea en el Istmo; dictó las disposiciones preparatorias para su instalación, tomando por base el presumible acuerdo de los Diputados de Colombia y del Perú; definió el propósito de Bolívar fijando como objeto de las deliberaciones la confederación perpetua de los Pueblos Hispanoamericanos, insinuó la determinación que debía tomarse respecto de Puerto Rico y de Cuba que invocaba el auxilio de Colombia;<sup>44</sup> suscitó la consideración de las medidas que habían de emplearse para resistir a toda tentativa de reconquista y secundar eficazmente la declaración de Monroe, y pidió la fijación de las reglas del Derecho de gentes que debía regir entre las nuevas nacionalidades y en su comercio y tratos. Más tarde (en 5 de noviembre)<sup>45</sup> invocó el influjo del Libertador, para que la Asamblea impusiese la exclusión como castigo, al Miembro que no se conformara con las decisiones recaídas en los arbitrajes, y para que prohibiera a los confederados ajustar

---

<sup>38</sup> O., I, 195 y 197

<sup>39</sup> O., III, 287 y 214

<sup>40</sup> O., III, 210 y 240

<sup>41</sup> B. y A., tomo IX, 606

<sup>42</sup> RESTREPO, tomo III 493

<sup>42 bis</sup> O., XXIII, 493

<sup>43</sup> O., XXIII, 71

<sup>44</sup> *Memorias* de STEVENSON, Secretario del Almirante Cochrane, tomo III, 434.

<sup>45</sup> O., XIII, 351

particularmente alianzas extrañas, tocando sólo a la Asamblea hacerlo, por sí o por delegación, ingerencia que tendría también para mediar en los desacuerdos de cualquier confederado con el extranjero.

También ante la indiferencia por los asuntos eclesiásticos de estas nacionalidades, con que demostraba el Vaticano su franca parcialidad por los españoles,<sup>46</sup> pidió a la Secretaría General del Presidente que indicase a la Asamblea establecer, como fundamento de sus relaciones con la Santa Sede,<sup>47</sup> la creación de un Patriarcado de Sud América con las facultades que tuvo tal dignidad en su origen, reclamando, además, la fijación de derechos y deberes de los diocesanos y miembros de reglas monásticas. Finalmente, para dar seguridades a la Santa Alianza,<sup>48</sup> suplicó a Inglaterra y a Francia que enviasen a la Asamblea testigos o consejeros, que no otra cosa resultó el inglés señor Dawkins, único venido.<sup>49</sup>

Colombia, pues, aparece así decidida y esforzada por dar importancia, tino y dilatado renombre al gran pensamiento de Bolívar, mientras que las otras nacionalidades se mostraban, como va a verse, cuando no adversas, desprovistas de interés y eficaz diligencia.

El Perú mal su grado, a lo que parece, aceptó el pensamiento y envió sus Representantes, llegados al Istmo poco después que los de Colombia. En reunión preparatoria de unos y otros, manifestaron francamente los primeros, cómo disentían de las bases propuestas para las deliberaciones de la Asamblea,<sup>50</sup> por lo que el Gabinete de Bogotá ocurrió al de Lima, a fin de hacerlos ceder discretamente. Todavía hasta en la instalación de la augusta Asamblea, el señor Vidaurre publicó impreso un discurso, no llegado a pronunciar, tan inoportuno por extemporáneamente liberal, que los diputados de Colombia, con anuencia de los de Méjico y Guatemala, se vieron en el caso de protestar, tildándolo de *indecoroso en la forma, pernicioso e inexacto en mucha parte de la sustancia y desusado en el estilo*<sup>51</sup>.

El Gobierno mejicano que ya desde 1823 tenía ajustadas con Colombia bases de liga y confederación, no podía negar su asentimiento a la prometedoras Asamblea y el Jefe de él, señor Guadalupe Victoria,<sup>52</sup> comprendiendo que ella había de promover, no sólo la ratificación de aquel tratado, sino el establecimiento de una alianza general tan firme como poderosa, contestó al Libertador, lamentando con fina gentileza que se le hubiese anticipado en un propósito que abrigaba hacía algún tiempo. Y verdad era,<sup>53</sup> porque muchos de sus compatriotas se pronunciaban en esos días por la convocación de un Congreso de todo el Nuevo Mundo presidido por la Unión norteamericana, para cuyo asiento señalaban una cualquiera de las ciudades de la Florida. Aquí, por ser de ocasión, no omitiré que impuesto de tal propósito el Gabinete inglés, preocupóse de su magnitud, receló que podría tener éxito,<sup>54</sup> y para embarazarlo y aun impedirlo, reconoció poco después la nacionalidad de Colombia, que tomó así, aún más expectable y augusto asiento entre las Naciones concurrentes al Istmo.

Guatemala tampoco pudo negar su cooperación, como que, para invitarla Colombia había empezado, por reconocer su soberanía<sup>55</sup> y la confraternidad de su bandera.

Aunque, acaso infundadamente llegó a decirse que el Emperador del Brasil había ofrecido a Laserna un ejército para la reconquista del Perú, creyó él de cortesía por lo menos, no desairar a Colombia, y decretó, si bien salvando expresamente su respeto a los intereses

---

<sup>46</sup> O., IV, 395. RESTREPO, tomo III, 469. B. y A., tomo IX, 399

<sup>47</sup> O., XXIII, 516 (Revenga)

<sup>48</sup> O., III, 204 y VI, 515

<sup>49</sup> RESTREPO, tomo III, 517 y O., III, 268

<sup>50</sup> O., XXIII, 591 (Revenga)

<sup>51</sup> RESTREPO, tomo III, nota 49, pág. 632

<sup>52</sup> O., XIII, 96

<sup>53</sup> B. y A., tomo IX, 523

<sup>54</sup> O., III, 289

<sup>55</sup> O., III, 190

legítimos y bien entendidos de Europa, el nombramiento del señor Teodoro Biancardi,<sup>56</sup> para representar el Imperio en la proyectada Dieta.

Enviarle también sus Plenipotenciarios decidió en la primavera de 1826 el gobierno de los Estados Unidos, para lo cual consultó a las Cámaras. Aprobada la medida en la de Representantes por ciento treinta y cuatro votos contra sesenta y dos, fue definitivamente acordada en Congreso pleno durante la sesión del 20 de abril.<sup>57</sup> En tal virtud nombráronse los diputados, quienes recibieron extensas instrucciones,<sup>58</sup> en las que, a vueltas de declarar que la política de Norte América tenía como principio no ajustar alianzas y conservar a todo trance la paz y la neutralidad, hablábase con exuberancia en pro de los intereses norteamericanos, sin curarse casi del objeto principal de la convocatoria. Resultado que bien podía haberse previsto, desde que la expresada Nación, ordenó modosamente a Colombia<sup>59</sup> suspender los aprestos que hacía para la invasión de Cuba y Puerto Rico.

Chile que no se exhibía afecta a Bolívar ni a Colombia, eludió mañosamente su asistencia,<sup>60</sup> contestando que remitiría el asunto a un Congreso que debía reunirse dentro de algunos meses, el cual, por lo visto, no se ocupó en proveer nada conducente.

Los gobernantes de Buenos Aires, en donde se difamaba a Bolívar, diciéndolo aspirante al gobierno de todo el Sudamérica,<sup>60bis</sup> se holgaron de hallar en la invitación aquella autoridad suprema mencionada en el segundo párrafo y partiendo de ahí, declararon, con perceptible alusión, que no admitían en nadie, ni hombre ni gobierno, la facultad de intervenir en sus asuntos nacionales,<sup>61</sup> pasando en seguida al Congreso Constituyente, a la sazón reunido, un mensaje en que después de manifestar que habían desairado la primera invitación, y que no hallaban motivos para atender a la segunda, le pedían que sólo por no distinguirse de los otros pueblos americanos, acordase el nombramiento de los exigidos representantes, para cuya instrucción incluían un proyecto de ley que objetaba casi las bases presentadas por Colombia. El Congreso contestó que era un asunto que el P. E. debía resolver bajo su responsabilidad, y se limitó a aprobar la erogación que pudiese requerir.<sup>62</sup>

Aunque el Libertador insinuó oportunamente a Sucre, Presidente de Bolivia,<sup>63</sup> el nombramiento de los señores Mendizábal y Serrano para representarla, las credenciales no fueron expedidas sino justamente al mes cumplido de disuelta la Asamblea.<sup>64</sup>

Así, no obstante haber fijado Bolívar los seis primeros meses de 1825, y dado luego Colombia un nuevo plazo para la reunión de la Gran Asamblea,<sup>65</sup> las naciones invitadas no dieron al asunto tanta gravedad como para picarse de atentas y cumplidas. Terminaba, pues, el año de 1825, viendo bastante disminuido el desde su comienzo dudoso entusiasmo. Bolívar mismo prohibía a Heres<sup>66</sup> que insistiese en invitar a Buenos Aires, no obstante que el Ministro residente en Lima prometía el mejor éxito.<sup>67</sup> También empezando a creer desde entonces *ingobernable la América*; ideaba aquella protección de la Gran Bretaña<sup>68</sup> que el

---

<sup>56</sup> *Memorias*, de STEVENSON, tomo III, 438

<sup>57</sup> *Memorias*, de STEVENSON, tomo III, pág. 439

<sup>58</sup> B. y A., tomo X, 311

<sup>59</sup> O., XXIII, 506 (Revenga). RESTREPO, tomo III, 491 y B. y A., tomo X 226

<sup>60</sup> O., III, 238 y 271; B. y A., tomo X, 33 y *Memorias*, de STEVENSON, pág. 435, tomo III.

<sup>60 bis</sup> O., XI, 126 y B. y A., X, 74

<sup>61</sup> *Memorias*, de STEVENSON, tomo III, pág. 435

<sup>62</sup> *Memorias*, de STEVENSON, tomo III, 437

<sup>63</sup> B. y A., tomo X, 414

<sup>64</sup> B. y A., tomo X, 548

<sup>65</sup> O., XXIII, 72

<sup>66</sup> O., V, 102

<sup>67</sup> O., V, 96

<sup>68</sup> O., III, 204 (Santander)

Ministro Canning declinó, según sus palabras,<sup>68bis</sup> porque las otras naciones la mirarían con celoso desagrado, pero en el hecho, porque era asaz ridícula y peligrosa para quien había sugerido la doctrina de Monroe.

Por fin en junio de 1826, tras tantos accidentes, vencida hasta donde se pudo la renuencia,<sup>69</sup> y cumplidos tres plazos dados en año y medio; concurrieron al Istmo ocho Diputados correspondientes a la mitad de las naciones invitadas, es decir, de Colombia, de Guatemala, del Perú y Méjico, expresadas así en el orden que les impuso la suerte para rubricar sus pactos y acuerdos.<sup>69bis</sup>

De los Representantes de los Estados Unidos que habían también de concurrir, el señor Anderson, que era Ministro en Bogotá, murió en Cartagena, vía así del Istmo, y el señor Sergeant, llegado a punto de trasladarse a Méjico la interrumpida Asamblea,<sup>70</sup> decidió seguir sus pasos. El señor Biancard del Brasil no asistió esquivando, como es de conjeturarse, la irresistible mediación en favor de Buenos Aires,<sup>71</sup> anunciada ya claramente por Colombia;<sup>72</sup> la cual, tenía que ser propuesta desde las primeras sesiones, en apoyo de Bolívar, quien había pedido permiso al Congreso para trasladarse a Buenos Aires y acercar a su frontera algunas tropas.<sup>72bis</sup>

Ya aquí, no pudiendo emplear mejores términos, ni más exactos que los del señor Tosta García, me refiero a su discurso en lo perteneciente a la instalación, trabajos y clausura de la Asamblea, así como también en lo que atañe a la negligente indiferencia con que los contratantes vieron en seguida sus pactos, y a la esterilidad de los posteriores esfuerzos para lograr la alianza y confederación soñadas por Bolívar.

Hay en la sabiduría popular una máxima que finca en los hechos la mejor prueba de toda adhesión. Si en presencia de lo expuesto nos atenemos a ella, no podremos sino concluir que el pensamiento de Bolívar no halló ni siquiera leal acogida<sup>73</sup> entre las Naciones recién libertadas. Pero como esta conclusión es principalísima para la tesis me esforzaré en hacerla evidente con el estudio de las causas.

En primer lugar, como ha podido observarse, Chile, Buenos Aires, el Perú, y, sin aventurar mucho, las otras Naciones Ibero-americanas, que rehuían toda intervención en sus asuntos peculiares, juzgaban que al confederarse dos o más de ellas, iba a ser imprescindible la mutua ingerencia exigida por la conservación del orden y la seriedad y circunspección de la alianza. Y ese orden, esa circunspección, resultaban incompatibles con la lucha de intereses empeñada ya por los partidos que, como harto lo experimentaba todo el Continente, veían en la Independencia, antes que la adquisición de una patria, la de un patrimonio;<sup>74</sup> antes que el bien común, la comodidad propia; sin que pueda casi vituperárseles, porque ¿cuál otra conducta podía pedirse a gentes de escasa instrucción, sin industrias, sin trabajo, y que habían visto discurrir los tres mejores lustros de su vida sin más ocupación que la guerra? ¿Puede negarse acaso que ésta, si se prolonga no ya 15 años sino dos o tres, constituye al fin como todas las acciones humanas, un hábito arraigado? Y si mucho cuesta sustraerse a los que traen la deshonra y el desprecio, cómo esperar que sea fácil lograrlo con los que nos alcanzan renombre y provecho. Sí; mientras la gloria militar sea la más brillante de las humanas, mientras el laurel de oro sea su símbolo y el poder su promesa habrá inexorablemente

---

<sup>68 bis</sup> O., III, 341

<sup>69</sup> O., III, 247

<sup>69 bis</sup> RESTREPO, tomo III, 515

<sup>70</sup> RESTREPO, tomo III, 518

<sup>71</sup> *Memorias* de STEVENSON, tomo III, pág. 438.

<sup>72</sup> O., XXIII, 562 (Revenga).

<sup>72 bis</sup> RESTREPO, tomo III, pág. 474.

<sup>73</sup> O., XXIV, 10 y III, 259

<sup>74</sup> O., III, 214

guerras, y depredaciones y violencias, sin que, en tanto fragor y tumulto, logren jamás hacerse oír las insinuaciones de la moral y las amenazas de la Religión. Cuanto ha podido lograrse hasta ahora es que las guerras se difieran y retarden, atendiendo, ¡triste es decirlo! más a los intereses que pueden exponerse, que a la sangre que se derrame y a las vidas que se pierdan. No debía, pues, esperarse que nuestra raza, llevando en su sangre un fermento de vanagloria que sólo calman la celebridad y la riqueza, la fama y la pompa, se resistiese al achaque histórico de disputar en las exequias mismas de la tiranía sus armas y contagiados despojos, ni que dejaran de surgir luego aquellos favorecidos que se inficionaban y aquellos desairados que se enardecían, hasta mantener en perenne vaivén el orden y la sociedad.

Y no ha de creerse que exagero, porque sólo en presencia de tan irremediable desequilibrio, fue cómo pudo Bolívar concebir que había *arado en el mar*, y cómo Santander, Heres, O'Higgins y demás patriotas de buena fe, dejaban escapar en su correspondencia, aquellos luctuosos párrafos que a cada instante se teme verles cerrar exclamando: ¡Cuánto menos fatigosas e inseguras eran la dominación de los Virreyes y la autoridad de los Capitanes Generales!

En segundo lugar, Bolívar que era habitualmente discreto, olvidó en la ocasión tan segura cualidad, y en vez de hacer que alguna de las entidades políticas interesadas dirigiese la invitación, hízola en propio nombre y con la insistencia que el mismo da a conocer. No pensó que su genio, su fortuna, su gloria, estimadas en el inmenso valor que les diera la fama, le habían ganado émulos que mezquinos le imputaban aquella ambición y sed de mando que, bien lo sentían, habría puesto en sus corazones la adquisición de tanta grandeza.<sup>75</sup> No vio tampoco que en la especie de Anficciónía hispano-americana concebida por él, Colombia, que era la más belicosa y la que contaba mejores capitanes, tomaría sin disputa la Hegemonía, y que en ese caso su autoridad militar aparecería siendo aquella sublime o *suprema*, como tradujeron en Europa, insinuada en el segundo párrafo de la bien avisada invitación. Pero, si tal pensamiento no cupo en la mente de Bolívar, sí tenía que acudir, conturbador y alarmante, a la de Pueblos recién emancipados que, haciendo gala de su flamante libertad, se obstinaban en no admitir un poder que de cualquier modo se pareciese al que con tantos esfuerzos y sangre acababan de destruir. Colombia, la mimada Colombia en especial, daba ya claros indicios de aquella desconfiada altivez con que rechazaría más tarde la Constitución Boliviana y haría imposible la propuesta Dictadura.<sup>76</sup> En las Repúblicas, empeñadas por lo general en tener por dechado a Roma, toda autoridad excesiva hace por instinto recordar a César, y desde luego se la ve como una inminente transición a la Monarquía. Esto podía muy bien no ser más que una vana preocupación tratándose de Bolívar, pero histórico es que muchos de nuestros mayores no pudieron jamás extirparla de su celo republicano, mantenido en alarma por la conducta del Primer Cónsul en Francia y de Iturbide en Méjico.

Finalmente con poca reflexión pudo concebirse que la Asamblea iba a edificar sobre cimientos falsos y deleznales. El equipo y sostén de aquellos ejércitos permanentes, el costo y entretenimiento de aquella poderosa armada que para ser eficaz requería la alianza de Naciones incipientes; ¿de dónde salir? ¿Cómo adquirirlos? Los sendos erarios, en rudimentos aún, estaban exhaustos<sup>77</sup> sin dar más señales de existencia que el asiento de los déficits diarios. Por otra parte, como en todo se esperaba inmediata reacción, la nimia sensibilidad del interés hizo ver en la conservación de los impuestos, la persistencia del antiguo régimen.<sup>78</sup> Difícil, pues, si no imposible, era la indispensable percepción, embarazada aún más por las perturbaciones internas que, a una con la persistente amenaza del exterior, impedían toda

---

<sup>75</sup> O., III, 287

<sup>76</sup> O., III, 341

<sup>77</sup> O., III, 214; B. y A., tomo X, 278; RESTREPO, tomo III, 516

<sup>78</sup> O., III, 58; RESTREPO, tomo III, 534



regularización de los gastos y todo propósito de economía.

La alianza, la confederación, todo lo que se pactare, había de ser, como lo fue, írrito y condenado a justificable olvido. ¿Ni qué memoria ni qué responsabilidad podía exigirse a democracias, en la infancia, aún no llegadas al uso de la razón, y a gobiernos bisoños, sin segura perspectiva de longevidad y asiento?

Al terminar, señores, el cariño y gratitud que os debo, me inspiran un noble voto.

¡Ojalá que el cansancio y fastidio que debe producir este tan minucioso estudio, hayan logrado distraer vuestro espíritu de las tristes impresiones que oprimen el mío, y que, al callar yo, os sea dado con toda serenidad concebir que aún pueda llevarse a cabo el noble pensamiento de Bolívar, y que la Gran Asamblea Americana de Panamá deje de ser un mero nombre en la Historia, casi sin significación efectiva!

Grande y generoso designio fue, y no sólo a esta Academia, sino a todo suramericano está virtualmente impuesto el patriótico deber de abogar y esforzarse por su realización, teniendo que ser a no dudarse inmensa la gloria del predestinado a intentarla fructuosamente.